

A. Marcolongo, *Desplazar la luna. Mi noche en el Museo de la Acrópolis*, trad. J. Rabasseda y T. de Lozoya, Barcelona, Taurus, 2024, 206 pp.

Antonio López Fonseca

<https://dx.doi.org/10.5209/cfcl.97039>

Basta con acercarse a la mesa de novedades de cualquier librería para comprobar que asistimos a un auténtico bum editorial de libros de divulgación (en unos casos más “alta” que en otros, hay que decirlo) sobre las antiguas Grecia y Roma. Podríamos decir que “están de moda”, pero la realidad es que nunca han dejado de estarlo y, a pesar de la lejanía en el tiempo, ese pasado remoto no ha dejado de sentirse próximo. Son loables los esfuerzos por seguir dando a conocer lo que el mundo clásico tiene que decirnos hoy, incluso por convencer a los lectores de que la literatura clásica, más allá de ser una literatura para ser estudiada por especialistas, es una literatura para ser leída y disfrutada. Sí, una literatura como cualquier otra que merece la pena leer. Y algo que parece tan obvio se encuentra con obstáculos que nos vemos obligados a sortear. Hace ya un lustro publiqué un trabajo, titulado «Por si faltaran razones para acercarse al mundo clásico» (*TEMPVS. Revista de actualización científica sobre el Mundo Clásico en España*, 45 [2019] 87-96), en el que insistía en la contradicción (que, debo decir, se ha agudizado sobremedida en una auténtica metástasis de pérdida de sentido común) que supone que, cuando las reformas educativas quieren prescindir, como si de un pesado fardo se tratara, de la enseñanza de las lenguas clásicas y su cultura, más presencia y éxito tienen libros, programas y espectáculos que nos acercan al mundo clásico. Allí afirmaba, antes de que se aprobara la enésima reforma de la Enseñanza Secundaria que ataca frontalmente nuestros estudios, que “es un grave error de la política educativa el hecho de que se pueda siquiera tener en cuenta la posibilidad de abandonar las Humanidades”. Desgraciadamente, el error se ha cometido y no tardaremos en sufrir las consecuencias.

Los clásicos, en su gran capacidad de supervivencia y resiliencia, son la memoria del mundo, razón por la cual hemos de estimular nuestra deseable y necesaria comunicación con ellos. Porque es necesario (imprescindible me atrevería a decir) que sigamos incidiendo en la actualidad del mundo clásico e indagando en cómo esa “vieja” cultura se actualiza, se revaloriza y dialoga con nuestro presente ayudándonos a comprenderlo, a comprendernos. Su universo conceptual es asombrosamente interesante y útil para entender no solo nuestro presente, sino, más aún, nuestro horizonte de expectativas y posibilidades. Hay que aprender a mirar a los clásicos para conocer de cerca un precedente que nos puede guiar; hay que mirarlos a los ojos, no arrodillarse ante ellos, sino ponerlos a prueba. Y es que nuevo y viejo son categorías que no tienen que contradecirse, porque los clásicos, hace mucho, sí, le pusieron al mundo palabras que siguen viviendo en el presente. Solo hay que aprender a recontextualizarlos, a dialogar con ellos.

En esta línea se insertan los libros de Andrea Marcolongo, escritora y licenciada en Letras Clásicas en la Universidad de Milán, afincada en París, que aúna erudición y pasión –y también humor– por la Antigüedad y las proyecta en el presente y hacia el futuro, a partir del hecho de

que, en palabras suyas, “la mirada antigua orienta mi vida y mis decisiones”. Es ya una autora reconocida internacionalmente (traducida a casi una treintena de lenguas) y bien conocida en nuestro país, donde se han traducido todos sus libros. Se dio a conocer con la publicación de *La lengua de los dioses. Nueve razones para amar el griego* (Taurus 2017), un libro que fue toda una sensación en Italia (*La lingua geniale*, 2016) y cuya lectura despierta en cualquier lector un auténtico interés por el griego antiguo con una invitación a “hablar” con los restos del pasado que nos han llegado callados (que no mudos) y a conocer unas palabras a las que accedemos a través de los diccionarios –que no son más que jaulas del significado o, dicho de otro modo, depositarios de las lenguas y su interpretación del mundo–. Dos años después recibíamos *La medida de los héroes. Un viaje iniciático a través de la mitología griega* (Taurus 2019; *La misura eroica*, 2018), libro en el que, embarcados con Jasón en busca del vello cino de oro, nos habla del amor y del difícil arte de irse, cruzar límites y crecer. En su siguiente libro volvió sobre las palabras: *Etimologías para sobrevivir al caos. Viaje al origen de 99 palabras* (Taurus 2021; *Alla fonte delle parole: 99 etimologie che ci parlano di noi*, 2019). En esta ocasión explora las raíces de las palabras, saborea sus matices, se asombra de los desplazamientos que han sufrido a lo largo de los siglos desde el convencimiento de que las palabras dan forma a nuestra idea del mundo. A continuación, dio un salto a Roma con *El arte de resistir. Lo que la Eneida nos enseña sobre cómo superar una crisis* (Taurus 2023; *La lezione di Enea*, 2020), libro en el que nos recomienda la lectura de Virgilio en medio del huracán, porque el poema épico romano sigue resonando en nuestro mundo contemporáneo como ejemplo de resiliencia y de la enorme fuerza de la esperanza, lo que constituye una lección de sorprendente actualidad. A estos libros ha de sumarse un título dirigido al público infantil, ilustrado por Andrea Ucini, *El viaje de las palabras* (Zahorí de ideas, 2022; *Il viaggio delle parole*, 2022), en el que retrocede en el tiempo hasta el origen de palabras como “escuela”, “chocolate”, “lengua” o “animal” para demostrar que cada una de ellas esconde un periplo largo y una historia emocionante. Se trata de acercar la etimología a los jóvenes lectores para que con sus sorprendentes descubrimientos desvelen cómo se construye el lenguaje, porque, a la postre, el lenguaje somos nosotros mismos.

Ahora, de vuelta a Grecia, nos regala un nuevo texto, muy hermoso, en el que nos pone frente a nuestros débitos con el mundo clásico, y así lo hace constar en una cita inicial: “Por las deudas que tengo con Grecia”. El comienzo del libro nos pone en situación: “Instalaba mi equipo de alpinista sobre el frío pavimento del Museo de la Acrópolis de Atenas, donde pasé una noche de luna menguante completamente sola” (p.11). Se trata de un lugar donde, como destaca la contracubierta del libro, “llama más la atención lo que falta que lo que se exhibe”. ¿Por qué la pertinaz presencia de las ruinas, los monumentos truncos del pasado, ejercen sobre nosotros esa atracción? Tal vez porque son testimonios de una ausencia y una presencia, de lo invisible, subrayado por lo fragmentario, quizá también incomprensible, y lo visible, que ha perdido su originaria funcionalidad; son una guía, una suerte de preconocimiento a través de lo desconocido, lo deseado, lo necesario. En todo caso, su presencia testimonia, aun empapadas de nostalgia, la victoria sobre la devastación del tiempo. Pues bien, Andrea Marcolongo, en esa noche de soledad en el museo, se vio interpelada y casi obligada a escribir esta obra en la que cuenta la historia del secuestro de los mármoles del Partenón por el embajador británico lord Elgin, en una secuencia que se originó en diciembre de 1801 y que se prolongó en el tiempo con consecuencias terribles, pues muchos mármoles sufrieron daños y otros se perdieron. La vida de este personaje quedó definitivamente marcada por la sustracción de los mármoles que, para los griegos, resultó tan atrevida como tratar de desplazar la Luna de su órbita. Sí, “desplazar la luna de su órbita”, así es como describió el arqueólogo Edward Daniel Clarke “la consternación de los griegos, que asistían aterrorizados a las acciones de los ingleses, convencidos de que tarde o temprano el alma de la tierra helénica se vengaría” (p.116). Con este hecho como fondo (y excusa) la autora nos lleva al debate sobre la restitución del patrimonio arqueológico y, sobre todo, se deja llevar por la pasión, como en sus otros libros, para reflexionar sobre todo lo que “tomamos prestado” del mundo clásico cada día de nuestra vida.

El libro no tiene índice (sí cuenta con un Índice alfabético, pp.197-206), lo que no quiere decir que no tenga estructura, sino que simplemente nos lleva por el devenir de una noche en

el Museo de la Acrópolis en la que se convirtió en la guardiana del museo, en una suerte de visita a los sentimientos que asaltaban a la autora cuando sus ojos recorrían diferentes restos arqueológicos. Así, además de contarnos la historia de las andanzas de lord Elgin, que atraviesa transversalmente todas las páginas del libro, podemos sentir con Marcolongo las emociones de estar ante “un pie de mármol pentélico, amarillento ya por efecto del tiempo y de la lluvia [...] un brazo, dos piernas, un cuerpo entero, y luego otra vez ausencia, ausencia y más ausencia, como si el friso de Fidias se obstinara en reproducir por medio de espacios llenos y vacíos el código morse de la civilización europea, junto con su codicia” (p.83), o “la gigantesca escultura de la mano izquierda de Zeus que sujeta el rayo: la muñeca ha sido cercenada de un tajo limpio del brazo del dios, las falanges se contraen en el vacío como las alas en el esqueleto de un pájaro” (p.128).

Desplazar la luna es un libro que nos emociona sin remedio, que nos pellizca el alma. “A la sombra del Partenón es donde realmente *somos*, mientras que lo que hacemos en el primer plano de nuestro presente sin memoria es ir y venir. [...] ¿Dónde están ahora las almas de todas esas personas, de todos los que construyeron estos monumentos? ¿Dónde están? Tengo la sospecha de que sus almas han pasado a ser las nuestras” (pp.190-191). Con estas emotivas palabras se pone broche a un libro que tiene la tremenda virtud de ponernos ante nosotros mismos: “Qué máquina tan extraña el ser humano. Le dan pan, agua, a veces vino, y de ese carburante extrae lágrimas, risas, sueños. A menudo también mentiras” (p.16).